

puestos por el culto idolátrico que, sin discrepancia, extendía su ominoso yugo en la península: asistían á los templos cuando no debía practicarse ningún sacrificio humano; mas, si había víctimas humanas, ó bailes indecentes, les estaba prohibido todo acceso á los lugares sagrados. El triste privilegio de asistir á tan repugnantes escenas, y de hacer papel en ellas, estaba reservado á los hombres, y á unas decenas de viejas feas, mugrientas y despreciables, que, como desecho del sexo, eran relegadas al oficio de bailarinas sagradas.

Los bailes mayas, como en todos los pueblos bárbaros, estaban salpicados de pasos lascivos, especialmente los que se celebraban en los templos, pues en todo culto idolátrico se nota la mezcla de la crueldad sangrienta, con la obscenidad desvergonzada. En estos bailes, no tomaban parte las mujeres honradas, las cuales bailaban en sus casas, pero por lo común sin acompañamiento de hombres. Apenas había un baile, que llamaban *naual*, en que bailaban promiscuamente hombres y mujeres, y con excepción de este, la separación de sexos se guardaba sin alteración. Así como bailaban las mujeres separadas de los hombres, así comían lejos de ellos. Aun en la embriaguez, se aislaban de los hombres: gustaban del *balché*, ó hidromel, pero excusaban la presencia del marido ó de sus amigos, para catarlo. Era, por esto, la embriaguez, un vicio menos común en las mujeres.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Landa. *Relación de las cosas de Yucatán*.

## CAPITULO IX.

Comercio.—Unidad del idioma.

Entre las industrias que ejercían más atractivo en la raza maya, no puede olvidarse el comercio, pues venciendo los grandes obstáculos que se oponían á su expansión y desarrollo, los mayas se entregaban á él con verdadera pasión. Carecían de buques adecuados para el transporte de efectos, y apenas los suplían con inseguros esquifes; estaban privados de bestias de carga, y ellos mismos llevaban á cuestas sus mercancías; tenían pocos caminos, y se los abrían á su paso por las selvas. Y, á pesar de tantos estorbos, había tráfico por el sudoeste con Tabasco, y por el sudeste con Ulúa y los demás pueblos de la moderna Honduras. Por el mar, por los ríos, ó por tierra, llevaban sal, pescado, copal, mantas de algodón y esclavos; y traían á su país, en cambio, cacao, cuentas de piedra, esclavos y conchas coloradas.

Los caminos que conducían á Tabasco y Tegucigalpa estaban poblados por trajinantes: utilizaban la mar y los ríos, como medio de comunicación, y sus canoas, ligeras y veloces, surcaban el golfo de México y el Mar de las Antillas, llevando los productos mayas, y acarreando los de las islas, costas y riberas circunvecinas.

Para la compra y venta, servíales de moneda el grano del cacao, campanillas y cascabeles de cobre, cuentas de piedra, y hachuelas de metal. No era esta moneda impuesta ó garantizada por la autoridad de los caciques, sino introducida por los usos y la costumbre: no era, pues, una moneda pública oficial, sino apenas el signo fácil de los cambios entre los contratantes.

Nada se escribía, ni se hacía constar en documentos para perpetuar la memoria de los contratos: se perfeccionaban verbalmente con la mutua entrega de la cosa y el precio, y la mayor solemnidad que acostumbraban darle era beber ambos contratantes públicamente, ante dos testigos, alguna de sus bebidas refrigerantes, haciendo saber el pacto que habían celebrado. Esta solemnidad de la bebida era muy usada en la compra venta de esclavos y plantaciones de cacao.

El comercio no tenía obstáculo, sino en las continuas disensiones cuyos pretextos pululaban en todos los cacicazgos. La diversidad de lenguaje no era estorbo al tráfico mercantil, pues todos los habitantes hablaban un mismo idioma, que es el maya. El lenguaje de los habitantes de Tabasco y Ulúa, tenía afinidades con la lengua maya; y los Chontales de Tabasco, los Choles del Usumacinta, los Chortis de Copan, los Pocomchies de Ulúa, y los Ixiles y Tzutuhiles de Guatemala hablaban lenguas de la misma familia que la maya.

En algunas localidades de Yucatán, se notaban algunas disidencias, y aun tendencias perceptibles á formar dialectos; pero, á pesar de estas ligeras divergencias, la lengua maya se conservó con pureza

en toda la península. Algunos pueblos se vanagloriaban, como siempre sucede, de hablar mejor el idioma patrio, pero todo no era cuestión sino de ligeros cambios ó inflexiones: la lengua conservaba su unidad desde las riberas de Ekab, hasta los pantanos de Tixchel; y desde las orillas arenosas de Ziyancaan, hasta las pedregosas llanuras de Zipatán y de Cehpech.